

La genealogía racionalizada del individualismo: de la moral colectiva a la patología emocional

The rationalized genealogy of individualism:
from collective morality to emotional pathology

Pedro José Vieyra Bahena

El Colegio de Tlaxcala A. C., Puebla, México

pedrojosevieyra@gmail.com

[HTTPS://ORCID.ORG/0000-0003-1246-2854](https://orcid.org/0000-0003-1246-2854)

DOI: 10.61820/ALB.2954-3878.2058

Fecha de recepción: 2 de octubre del 2025

Fecha de aprobación: 1 de diciembre del 2025

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo caracterizar, desde un enfoque weberiano —complementado con Elias, Luhmann, y Berger y Luckmann— la manera en que el individualismo moderno se racionaliza y orienta el proceso de individualización. La metodología es de corte teórico-conceptual y se sustenta en el análisis comparativo de las teorías de autores clásicos y contemporáneos, situando sus aportes respecto a las transformaciones del Estado y el capitalismo. Los resultados muestran que el individualismo no es una actitud egoísta, sino una constelación de valores que, a través de semánticas históricas y universos simbólicos, se insertan en la imagen del mundo moderno y guían la acción individual. Una limitación del estudio es que se centra en el plano conceptual sin trabajo empírico, por lo que sus alcances deben situarse en la teoría social. El valor del texto radica en ofrecer una genealogía racionalizada del individualismo como eje de continuidad histórica, mostrando cómo la búsqueda de desarrollo personal se articula con la racionalización técnico-instrumental del capitalismo. Se concluye que la individualización contemporánea no constituye una ruptura, sino una radicalización funcional de los procesos modernos.

Palabras clave: capitalismo, imagen del mundo, individualismo, racionalización y proceso de individualización.

ABSTRACT

This article aims to characterize, from a Weberian approach—complemented by Elias, Luhmann, and Berger and Luckmann—the way in which modern individualism is rationalized and how it guides the process of individualization. The methodology is theoretical-conceptual and relies on the comparative analysis of classical and contemporary authors' theories, placing their contributions in relation to the transformations of the State and capitalism. The results show that individualism is not an egoistic attitude but a constellation of values that, through historical semantics and symbolic universes, are inscribed in the modern image of the world and orient individual action. One limitation of the study is that it remains in the conceptual field, without empirical research, so its scope must be situated within social theory. The value of the work lies in offering a rationalized genealogy of individualism as an axis of historical continuity, showing how the pursuit of personal development is articulated with the technical-instrumental rationalization of capitalism. In conclusion, it is argued that contemporary individualization does not represent a rupture, but a functional radicalization of modern processes.

Keywords: capitalism, image of the world, individualism, rationalization, process of individualization.

INTRODUCCIÓN

En el lenguaje cotidiano, cuando se enuncia al individualismo se le suele entender como una serie de actitudes egoístas e instrumentalistas que utilizan las personas para conseguir sus propios fines sin tener en consideración el bienestar de los demás. Sin embargo, en las ciencias sociales, sobre todo en la sociología, es considerado de manera general como un conjunto de valores que guían el desarrollo personal y la manifestación de la individualidad en distintos ámbitos. Bajo esta tesitura, es clave distinguir dicho concepto de la individualización. Mientras que esta última refiere al proceso estructural e histórico de diferenciación social que obliga al individuo a hacerse cargo de sí mismo (Beck, 2003; Elias, 1990), el individualismo alude a la constelación semántica y moral que dota de sentido y legitimidad a dicho proceso en la experiencia personal. Su importancia radica en que conforma los intereses y valoraciones específicas que facilitan la acción social individual en contextos configurados institucionales. Al igual que otros fenómenos y procesos sociales, el individualismo es susceptible de ser transformado tanto para adaptarse a las características contextuales como para consolidar sus objetivos de mejor manera, es decir, en términos weberianos, posee un tipo específico de racionalidad.

Para entender este fenómeno, y algunas de sus características más significativas, no es suficiente describir el tipo de valores que lo conforman y cómo inciden en la búsqueda de metas y anhelos personales; sino que se debe ubicar el lugar que ocupa en la configuración de la sociedad, señalar qué elementos son los que inciden específicamente en su emergencia y transformación, así como indicar cuáles son los procesos específicos a

los que da origen. Lo anterior puede ayudar a entender este fenómeno de manera más amplia y a reconocer la importancia que ha tenido en la conformación de algunos de los principales rasgos de las sociedades modernas. En este sentido, la pertinencia de volver sobre autores clásicos y contemporáneos no radica en la mera exposición de sus ideas, sino en articular una lectura novedosa que los integre bajo el prisma de la racionalización. El aporte específico reside en evidenciar cómo el individualismo no ha desaparecido, sino que ha mutado su función social, pasando de ser un ideal moral de emancipación a un mecanismo patológico de autogestión emocional.

Por lo tanto, este trabajo tiene como principal objetivo hacer una caracterización típica-ideal de la racionalización del individualismo moderno, analizando algunas de las propuestas más importantes que lo han estudiado de manera explícita en la sociología desde diferentes épocas y contextos. Al tratarse de una construcción típica-ideal, el análisis busca acentuar los rasgos unívocos del fenómeno para su comprensión teórica, sin que esto implique desconocer las variantes híbridas o específicas que este fenómeno adquiere en contextos regionales particulares, como América Latina. En este punto resulta fundamental establecer una distinción analítica: el presente trabajo se aboca al estudio del individualismo entendido como una estructura semántica y valorativa racionalizada, y no al individuo como categoría empírica o sujeto biológico. Por consiguiente, no se pretende dar cuenta de las condiciones fácticas de inclusión o exclusión que experimentan los sujetos concretos, sino caracterizar la configuración de los mandatos y valores (la racionalidad) que operan normativamente sobre la construcción de la subjetividad dentro de la modernidad. Además, para poder comprender de manera más amplia el papel que dicho individualismo juega en la emergencia de aspectos modernos, este escrito busca establecer el lugar que ocupa en la sociedad, así como algunos elementos que lo originan y sus efectos en la conformación de contextos espaciotemporales específicos.

Es necesario aclarar que, para la conformación de las propuestas a analizar, se siguió un criterio de selección enfocado en la pertinencia conceptual explícita; es decir, se han retomado únicamente aquellos autores y obras que abordan el fenómeno del individualismo de manera directa como una categoría moral, ideológica o semántica central. Esto implicó dejar fuera deliberadamente debates conexos sobre procesos de “individualización” generales o teorías sobre la modernidad y sus respectivas peculiaridades que, si bien son muy relevantes, no centran su análisis en la genealogía de los valores del individualismo como tal.

Para poder desarrollar estos objetivos, se parte principalmente de los planteamientos teóricos de Elias (1990) acerca de la diferenciación y complejización social, así como su incidencia en el proceso de individualización; asimismo, se retoma a Berger y Luckman (1968) con el papel que juegan los universos simbólicos como marcos de significación y legitimación con relación a la orientación del comportamiento; mientras que Luhmann se revisa (1995, 2024) por su propuesta sobre las semánticas del individuo —entendidas como el repertorio de significados y distinciones con el que una sociedad se describe a sí misma y a sus componentes—, las cuales operan como estructuras codificadas que otorgan significado y simplifican la convergencia de diferentes ámbitos sociales en la configuración de la individualidad moderna.

Aquí es necesario mencionar que, aunque la teoría de sistemas atribuye la generación de semánticas a la diferenciación funcional, en esta propuesta se adopta la categoría luhmanniana de “semánticas del individuo”, principalmente por su valor heurístico para describir las estructuras de sentido. Sin embargo, se sostiene que el contenido y la orientación histórica de dichas semánticas no son aleatorios, sino que están moldeados por la racionalización técnico-instrumental. Así, para hacer coincidentes las posturas, se parte de un enfoque weberiano que considera la unión del Estado y del capitalismo como configuradora de los contextos que el individuo percibe a manera de imagen del mundo, mismos que inciden en el surgimiento de valores e intereses que guían su acción enfocada hacia el desarrollo personal; en este sentido, se considera que lo que determina el cambio en los sistemas de valores e intereses está asociado a la racionalización técnico-instrumental moderna.

Con base tanto en el marco interpretativo como en el enfoque que guían el presente análisis, se busca comprobar la hipótesis que afirma que, al racionalizarse las estructuras económicas y de poder, se transforma la cadena de relaciones funcionales que configuran a la sociedad, lo cual incide en la transformación de significados o semánticas que conforman los valores e intereses en el individuo, es decir, al individualismo, reorientando la ruta biográfica a seguir en la búsqueda del desarrollo personal y manifestación de la individualidad, las cuales constituyen el proceso de individualización. Demostrar este supuesto ayudará no sólo a entender al individualismo como una constelación de valores en transformación, sino que se ampliará la comprensión del lugar que ocupa en la sociedad, así como los elementos que lo configuran y los procesos que genera de manera directa.

Para cumplir los objetivos y comprobar la hipótesis que se ha planteado, se desarrollan dos apartados principales. En el primero se establecen los elementos vinculados con la racionalidad, la cual permite la diferenciación y complejización social, mientras se destacan los factores que inciden de manera más significativa en el individualismo y en el proceso de individualización. En el segundo apartado se exponen las propuestas más conocidas e importantes que se han hecho de manera explícita desde la sociología sobre el individualismo, a saber, las de Durkheim (1966), Simmel (1986), Parsons (1967), Lukes (1975), Dumont (1987), Bellah *et al.* (1985), Luhmann (1995), Beck y Beck-Gernsheim (2003), así como la de Elliot y Lemert (2006). Además de realizar una especie de historia de las ideas, se da mayor importancia al análisis de la posible racionalización que denota cada conceptualización siguiendo como hilo conductor la noción de autonomía presente en cada planteamiento.

Cabe aclarar que esta genealogía no propone una sucesión lineal donde una etapa anula a la anterior, ni pretende agotar la vasta historia fáctica del individuo. Se trata, más bien, de un análisis de las transformaciones en la racionalidad predominante —entendida como lógica de ordenamiento— y cómo ésta reconfigura, por sedimentación, las semánticas disponibles. La periodización aquí propuesta obedece a un fin heurístico para distinguir los cambios en la imagen del mundo sin caer en un historicismo que ignore la coexistencia compleja de múltiples formas de individualidad.

Finalmente, y en aras de la transparencia metodológica, es pertinente señalar que, como parte de la elaboración del presente manuscrito, se utilizaron modelos de lenguaje

de inteligencia artificial (Gemini de Google y ChatGPT). Su función se limitó estrictamente a revisar la redacción y estilo del texto para su adecuación a las políticas editoriales, sin intervenir en el argumento central, el análisis teórico o la selección de fuentes, cuya responsabilidad recae íntegramente en el autor.

RACIONALIDAD, DIFERENCIACIÓN E INDIVIDUALIZACIÓN

Sin lugar a duda, uno de los aportes más significativos de la obra de Max Weber es la noción de racionalidad. El autor, a lo largo de toda su obra, utilizó el término para ilustrar la implementación de adecuaciones en distintos procesos sociales con el fin de lograr mayor eficiencia, así como para explicar que algunos de estos últimos son susceptibles a ser reconducidos para alcanzar de manera óptima sus finalidades. Sin embargo, no detalló sus especificidades conceptuales, pues sólo lo definió en *Economía y sociedad* (2014), donde describió dos acepciones: la formal, que está relacionada al cálculo y su aplicación técnica en las gestiones económicas, y la material, referente al abastecimiento de bienes orientado por postulados de valor. Es decir, la racionalidad caracterizada por Weber tiene como objetivo el logro de la eficiencia (Lyon, 2000). Así, se puede considerar que este concepto denota las características que posee un proceso o fenómeno para ser modificado o reconducido por medio de la ajustes que permitan materializar los valores o cumplir los objetivos de forma más eficiente. Es decir, la racionalidad es una característica inherente a las esferas o ámbitos que puedan ser alterados para la obtención de resultados óptimos (Vieyra Bahena, 2025).

Es crucial precisar que, bajo esta óptica, la racionalización no implica que el individuo actúe siempre mediante un cálculo libre y desprovisto de presiones externas. Por el contrario, la búsqueda de eficiencia institucional a menudo se manifiesta como una coerción sistémica que “obliga” a éste a gestionar su propia biografía. Así, la autonomía racionalizada no se concibe aquí como libertad absoluta, sino como una competencia funcionalmente exigida por las estructuras modernas para asegurar la reproducción del orden social.

Al respecto, de la obra de Weber sobresalen sus análisis sobre la racionalización de la economía capitalista y del Estado, lo que se ha concebido como la racionalización técnico-instrumental. Estos son considerados por el autor como los dos principales ejes de la modernidad, pues argumenta que a fines de la Edad Media europea, se unieron para generar una imagen del mundo moderno; ésta consiste en los elementos institucionales que el individuo percibe como parte de aquello que puede ayudar a consolidar su desarrollo individual (Weber, 2003, 2011, 2014). En este sentido, dicha imagen del mundo se convierte en la principal fuente de intereses y valores individuales, pero también en el marco que permite su materialización.

La manera en que se puede precisar la forma en que Estado y economía capitalista se consolidan como fuente y escenario para materializar valores e intereses, puede entenderse mejor con lo que Elias (1990) caracteriza como el marco del proceso de individualización. Desde su perspectiva, la sociedad se configura debido a que los individuos están atados

unos a otros por medio de cadenas de relaciones funcionales, o lo que desde otras teorías se consideran como estructuras sociales; Sus características se conforman porque, ya sea de forma individual o colectiva, los individuos buscan acceder o retener monopolios de bienes sociales. Para el autor, los más importantes son el económico y el del poder, pues uno representa a las élites económicas y el otro al Estado; es decir, en términos weberianos, refieren a los elementos que conforman la imagen del mundo, lo cual sirve como guía de la acción social.

El autor propone que la configuración social se ha transformado debido a que la sociedad ha atravesado varias etapas que involucran una diferenciación y complejización crecientes. De esta manera, el control y la protección, así como las fuentes de sobrevivencia material y social correspondientes al monopolio del poder y al económico, respectivamente, han transitado desde las pequeñas tribus y latifundios, pasando por el Estado-nación, hasta llegar a la sociedad global contemporánea. Desde la perspectiva de Elias, cuando se da una transición de una forma de organización de supervivencia hacia una más compleja y amplia, se modifica la posición de los seres humanos particulares respecto a la nueva unidad social, por lo que cambia la relación entre individuo y sociedad. Esta situación supone un aumento en el canon de identificación del individuo con los otros, lo que genera un nuevo *ethos*.

Dicha sucesión de etapas no es otra cosa más que la materialización de la racionalización técnica instrumental, lo que involucra reorganizar las estructuras económicas y de poder, las cuales tienen incidencia directa en la reestructuración de la cadena de relaciones funcionales. Así, en la mayor parte de Occidente, la racionalización del Estado y del capitalismo se ha visto reflejada en cómo se organiza la producción económica y la forma del ejercicio del poder legal-racional en lo que se ha denominado como Estado liberal, Nación de bienestar y Nación neoliberal, según cada etapa.

Además de los elementos político-ideológicos que han configurado cada una de estas fases —liberalismo, keynesianismo y neoliberalismo—, la racionalización técnico-instrumental ha sido fundamental para la complejización y diferenciación social. De acuerdo con Robinson (2013), el capitalismo ha manifestado cuatro etapas con efectos en la organización del capital, las clases sociales y la administración de los Estados; es decir, en la configuración de los monopolios económico y del poder que refiere Elias y, por lo tanto, en la cadena de relaciones humanas. La primera etapa fue la consolidación del capitalismo moderno, caracterizada por la ampliación de mercados debido al “descubrimiento” y colonización de nuevos territorios. La segunda, correspondiente al capitalismo clásico o competitivo, fue determinada por la primera Revolución Industrial, la aparición de la burguesía y la formación del Estado-nación moderno. La tercera, del capitalismo monopolista o corporativo, se identifica por la consolidación de un solo mercado mundial, impulsada por el Estado-nación. Finalmente, la cuarta etapa, la de la globalización, se caracteriza tecnológicamente por el microchip y la computadora.

De manera concreta, la diferenciación y complejización social, como una sucesión de etapas incidida por la implementación de postulados político-ideológicos y de reorganización de la economía capitalista, han tenido como principales efectos que en cada una se hayan involucrado distintos actores dispersos y se hayan homogeneizado. Robinson

refiere que, en los inicios del capitalismo moderno, las formas de organización eran meramente locales, pero a través de la incorporación de aspectos tecnológicos y reformas administrativas nacionales, tanto la forma de producción como los mercados se fueron ampliando, hasta que hacia fines del siglo xx se configuró un capitalismo trasnacional que tuvo como consecuencia transformaciones sociales, económicas y políticas por medio de la unificación del proceso de producción y distribución en todo el mundo. Esto último implicó que los sistemas productivos se fragmentaran e integraran de manera externa en círculos globales de acumulación.

Algunas de las principales características de esta particularidad de la diferenciación y complejización social, como consecuencia de la racionalización técnico-instrumental, se manifiestan en dos aspectos significativos: por un lado, sucedió una reconfiguración de clases sociales y emergieron tanto una burguesía de índole trasnacional —representada por los altos directivos y grandes inversores de las empresas de producción y distribución global— como una nueva clase trabajadora, la cual está vinculada de distintas maneras con estos procesos económicos de escala mundial. Lo anterior no implica que las clases nacionales hayan desaparecido, más bien, o fueron integradas a la nueva organización económica o, aún intactas, perdieron poder e influencia en sus respectivos contextos. Por otro lado, el segundo aspecto está relacionado con el control de los Estados nacionales, los cuales, al insertarse en la trama de la economía global, son sujetos a las decisiones de organismos internacionales tales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, los cuales establecen las principales guías de acción y control influenciadas por las empresas y las organizaciones trasnacionales.

INDIVIDUALIZACIÓN, INDIVIDUALISMO Y SEMÁNTICAS DEL INDIVIDUO

Ahora bien, algunos de los efectos de la racionalización técnico-instrumental, manifestados en los aspectos descritos de la complejización social y, por lo tanto, en la reorganización de cadenas de relaciones humanas, se han plasmado en la imagen del mundo que percibe el individuo tanto para buscar su desarrollo personal como para manifestar su individualidad. Dicho cambio se materializa en un tipo de individualismo a manera de valores e intereses específicos en el proceso de individualización al que da lugar, es decir, en la forma en que la persona busca consolidar su sobrevivencia material y manifestar sus cualidades únicas.

De acuerdo con Elias (1990), el proceso de individualización, que se desarrolla en una cadena de relaciones funcionales determinada por la búsqueda de acceso o retención de bienes monopolizados, consiste en el modo en que el individuo orienta su conducta y define los rasgos de su personalidad. Esto se explica mediante la tensión que Elias (2009) identifica en *El proceso de la civilización* entre sociogénesis y psicogénesis; es decir, la dirección del comportamiento es moldeada, por un lado, por los modelos institucionales de significación y autocontrol que se heredan socialmente. A esto es a lo que Berger y Luckman (1968), en otro matiz, se referían como universos simbólicos, los cuales son

conjuntos de significados y conocimientos que legitiman comportamientos y procedimientos en ámbitos específicos. Del otro lado, la individualización se complementa con la trayectoria biográfica que involucra a las relaciones por las que atraviesa la persona y que refieren a instituciones, grupos y otros individuos, es decir, las cadenas de relaciones interdependientes o estructuras sociales.

Lo que Elias considera como modelos institucionales de significación y comportamiento, los universos simbólicos, contienen elementos que se pueden categorizar analíticamente en dos rubros. En primer lugar, aquellos que configuran hábitos y guían la conducta e interacción en ámbitos concretos como el familiar, laboral, festivo, rituales de duelo, etcétera. En segundo lugar, se encuentran los valores que inciden en la conformación de intereses personales y los significados de lo que se considera una persona en sociedad, así como las características ideales que debe manifestar en contextos específicos, las cuales se pueden definir como lo que Luhmann (1995) denomina semánticas del individuo.

Entendidas de manera general, para este autor las semánticas son repertorios simbólicos que reducen la complejidad del funcionamiento social y facilitan su descripción en forma de estructuras cognitivas estabilizadas, cuya principal función consiste en producir sentido (Luhmann, 2024). Estos elementos se agrupan en sistemas de conceptos, metáforas, narrativas y esquemas normativos que permiten a los distintos ámbitos sociales operar reflexivamente. En este sentido, las características que se adjudican al individuo tienen un efecto semántico y funcional, es decir, comprenden una estructura que facilita la operación simultánea de múltiples ámbitos sociales sobre un mismo cuerpo biológico. Precisamente, se puede considerar que aquí reside la función de enlace de la categoría: las semánticas actúan como la bisagra que traduce las presiones estructurales (diferenciación, competencia) en experiencias subjetivas autoreferenciales, salvando así la brecha analítica entre la configuración macrosocial y la vivencia íntima del individuo.

Por lo tanto, categorías como la “interioridad”, la “autenticidad”, el “carácter” o la “personalidad”, etcétera, son formas semánticas que permiten manejar las tensiones entre diferentes contextos. De esta manera, podemos establecer que, al ser parte de los universos simbólicos que agrupan los conocimientos y significados de las que se consideran como características de la persona y las guías para consolidar su desarrollo y manifestar su individualidad, dichas semánticas constituyen parte fundamental del individualismo, puesto que son las que dotan de sentido y coherencia a los significados, valores y categorías que la sociedad produce para describir, orientar y evaluar la posición del individuo en cada etapa histórica. Además, cada una de éstas no se limita a una descripción pasiva, sino que funciona también como un marco normativo, pues prescribe cómo debe comportarse el individuo ideal en un momento y ámbito concretos.

Al igual que otros fenómenos y procesos sociales, el individualismo, así como sus respectivas semánticas, se transforma junto con la configuración de la sociedad incidida por las reorganizaciones que aumentan el grado de diferenciación y complejización. Es decir, al igual que los procesos económicos y de ejercicio del poder legal, también se racionaliza, pues al ser estos últimos los que constituyen la imagen del mundo, cuando cambian también lo hace la percepción individual y, por ende, las valoraciones de los elementos de los que se puede echar mano para el desarrollo personal y la manifestación

de la individualidad. La manera en que estos cambios se pueden describir es prestando atención a las explicaciones que se han hecho desde la sociología de este fenómeno de manera explícita, pues al compararlas, se puede notar que las semánticas implícitas en sus descripciones se fueron transformando, al igual que los elementos institucionales que conforman la imagen del mundo. Es decir, se aprecia una racionalización del individualismo tanto en sus manifestaciones societarias como en la forma de definirlo desde esta ciencia social.

EL INDIVIDUALISMO COMO FUNDAMENTO MORAL EN LA MODERNIDAD: DE LA SOCIEDAD LIBERAL-INDUSTRIAL A LA NEOLIBERAL-GLOBALIZADA

La emergencia de la modernidad, impulsada por la doble racionalización del Estado burocrático y el capitalismo industrial, supuso una reorganización profunda de las cadenas de relaciones funcionales que estructuraban la vida social. Esta diferenciación creciente, como señalaría Elias (1990), no sólo transformó las bases materiales de la existencia, sino que exigió la construcción de un nuevo universo simbólico, capaz de dar coherencia a un orden que disolvía los vínculos comunitarios tradicionales. En este contexto, la figura del individuo adquirió una centralidad sin precedentes y, con ella, la semántica del individualismo fue transformada en un terreno de disputa moral y conceptual. Su significado no fue unívoco: se moldeó en afinidad electiva con las necesidades funcionales del naciente Estado-nación y de la economía de mercado. Fue en este escenario donde las primeras grandes formulaciones sociológicas intentaron capturar la ambivalencia del fenómeno, entendiéndolo no como mera afirmación del egoísmo, sino como un fundamento estructural y una nueva gramática moral para la cohesión en una sociedad de extraños.

EL INDIVIDUALISMO EN LAS POSTRIMERÍAS DEL ESTADO LIBERAL

Émile Durkheim, escribiendo en una Francia marcada por la tensión entre el legado revolucionario y la necesidad de un orden laico, abordó el individualismo no como patología disolvente, sino como el soporte normativo indispensable de la solidaridad orgánica. A pesar de que su obra suele catalogarse dentro de un paradigma holista por enfatizar la primacía de lo social, en *Lecciones de sociología* (1966) se aprecia su convicción de que la dignidad de la persona era pilar del orden moderno. Para él, en una sociedad caracterizada por la división del trabajo, la cohesión ya no podía sostenerse en la similitud de conciencias, sino en la interdependencia funcional de individuos especializados. Esta interdependencia exigía un marco moral compartido que trascendiera las particularidades de cada función. Ese marco es lo que Durkheim denominó “culto al individuo”: no exaltación del yo aislado, sino religión cívica donde la persona humana, con sus derechos inherentes, se erige en objeto sagrado para la colectividad.

De esta manera, la semántica durkheimiana del individualismo se muestra moral e institucional. Los derechos del hombre no emergen de la naturaleza humana, sino de

una creación histórica de la sociedad moderna que, para integrarse, necesita sacralizar a su unidad constitutiva. El Estado, en este esquema, asume un rol central: es el gran oficiante de este culto, garante de la autonomía del individuo frente a la tiranía de los grupos intermedios y transmisor de esta moral a través de la educación laica. La autonomía, por tanto, no es libertad negativa de no interferencia, sino capacidad positiva otorgada y sostenida por las instituciones. Es una libertad regulada, internalizada como deber cívico, que permite que la sociedad se mantenga unida.

Si Durkheim ponía el acento en la arquitectura institucional de este nuevo orden moral, Georg Simmel estudió la experiencia psíquica del individuo inmerso en la metrópolis, espacio privilegiado de la diferenciación social. En *Sociología 2: Estudios sobre las formas de socialización* (1986) concibió al individualismo no como un sistema de creencias, sino como resultado de la intensificación de la vida nerviosa y de la multiplicación de círculos de afiliación social. El individuo moderno no es entidad preexistente, sino punto de intersección de relaciones cada vez más vastas y heterogéneas. La pertenencia simultánea a múltiples círculos lo libera del control absorbente de un solo grupo, como en las sociedades premodernas, y le otorga un grado inédito de singularidad. Sin embargo, esa misma pluralidad fragmenta la personalidad y exige un esfuerzo constante de articulación.

La semántica del individualismo en Simmel es relacional y dialéctica: se forja en la tensión entre las formas objetivas de la cultura —instituciones, economía monetaria, tecnología— y la vida subjetiva del individuo que busca preservar su autonomía frente a la masificación. La metrópolis, con su exceso de estímulos, produce el *blasé* actitud de reserva que funciona como defensa del yo. La economía monetaria, al reducir cualidades a valores cuantitativos, disuelve vínculos personales y fomenta el cálculo instrumental. En este escenario, el individualismo se convierte en proyecto de autoafirmación con una genealogía doble: los ideales de la Ilustración y el Romanticismo por un lado, y la diferenciación estructural por el otro. Así, la autonomía personal aparece como conquista y como riesgo, pues otorga libertad al mismo tiempo que amenaza con la alienación.

Lo relevante de estos planteamientos es que, aunque distintos, ambos coinciden en mostrar al individualismo como respuesta funcional a las condiciones de la modernidad liberal-industrial: para Durkheim, una moral necesaria; para Simmel, una técnica de vida en medio de la sobrecarga cultural y social. En ambos casos, el individualismo deja de ser mero egoísmo y se constituye en un eje normativo y práctico para sostener al individuo en un mundo cada vez más diferenciado.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA AUTONOMÍA EN LA ERA DEL CAPITALISMO CORPORATIVO

Hacia la mitad del siglo xx, la racionalización técnico-instrumental entró en una nueva fase. Mientras el Estado-nación se expandió hasta convertirse en Estado de bienestar, el capitalismo competitivo cedió lugar a uno corporativo y monopolista. Esta reorganización de los monopolios del poder y económico transformó las cadenas de interdependencia. La vida del individuo comenzó a ser administrada por grandes burocracias, lo cual

impulsó que la semántica del individualismo experimentara una nueva racionalización: la autonomía dejó de ser una conquista moral para convertirse en un valor gestionado institucionalmente, una elección encauzada por opciones predefinidas. Se le reconoció y promovió al individuo, pero bajo la condición de alinearse con la lógica de un orden masificado e integrado burocráticamente.

Talcott Parsons, en *Christianity and Modern Industrial Society* (1967), propuso una genealogía del individualismo en clave funcionalista. Para él, no era ruptura, sino culminación de un proceso evolutivo cuya matriz residía en la tradición cristiana. El cristianismo, al establecer una relación directa entre individuo y Dios, sentó las bases de una ética de responsabilidad personal. La Reforma Protestante la secularizó y la orientó hacia el mundo, convirtiéndola en motor de modernización. En Estados Unidos, este legado cristalizó en lo que Parsons llamó “pluralismo denominacional”: un sistema en el cual múltiples confesiones coexistían, compitiendo por la adhesión de individuos libres. Ese mercado religioso fomentaba una ética laica de tolerancia y responsabilidad, congruente con una sociedad industrial democrática. El individualismo resultante es un “individualismo institucionalizado”: una orientación de acción promovida y regulada por el sistema. La libertad consiste en elegir entre opciones validadas por las instituciones. De esta manera, la individualidad es producto de una socialización exitosa que representa una racionalización burocrática del yo.

En *El individualismo* (1975), Steven Lukes abordó el caos semántico del término, mostrando que bajo una palabra se escondían ideas diversas. Distinguió entre la tradición francesa, que lo asociaba con la anomia, y la alemana, que lo vinculaba con la autenticidad. Para ordenar esa polisemia, Lukes propuso un marco con cuatro ideas elementales: dignidad humana, autonomía, intimidad y autodesarrollo. Estas dimensiones podían combinarse en distintos tipos de individualismo (político, económico, etcétera). Su aporte fue mostrar que éste funciona como lenguaje político y moral, capaz de legitimar desde el liberalismo hasta las políticas socialdemócratas.

Louis Dumont, en *Ensayos sobre el individualismo* (1987), profundizó en su dimensión ideológica, argumentando que no era sólo un conjunto de valores, sino la ideología fundamental de la modernidad. Permitió desnaturalizar las categorías occidentales gracias a su contraste entre sociedades holistas (donde el todo prima sobre la parte) e individualistas (organizadas en torno al individuo libre e igual); Dumont rastreó este viraje hasta el cristianismo primitivo, secularizado por la filosofía política moderna. El individualismo se convirtió así en un principio estructurante que, al volverse hegemónico, ocultó su carácter histórico, presentándose como verdad natural. En conjunto, estos autores evidencian que, en la era del Estado de bienestar, el individualismo fue absorbido por instituciones y transformado en ideología dominante, volviéndose un componente funcional de la integración social.

LA RACIONALIZACIÓN NEOLIBERAL DEL YO

La tercera transformación semántica del individualismo emerge hacia fines del siglo xx, en correspondencia con la crisis del Estado de bienestar y el advenimiento de una nueva fase de racionalización: la globalización neoliberal. La reestructuración del capitalismo, impulsada por la tecnología y la desregulación, disuelve las certezas de la era anterior. El trabajo estable y las trayectorias vitales predecibles se erosionan. En este escenario de incertidumbre y riesgo, la semántica de la autonomía muta decisivamente: deja de ser una elección gestionada por instituciones para reconfigurarse como una obligación impuesta a los individuos. La responsabilidad por el bienestar y el éxito se privatiza, y el yo se convierte en el epicentro de un proyecto de autogestión permanente.

Robert N. Bellah *et al.*, en *Habits of the Heart* (1985), capturó este momento de transición en la sociedad estadounidense. Su estudio empírico reveló una cultura escindida. Por un lado, persistía un “individualismo utilitarista” que concibe al individuo como actor racional maximizador de su interés material. Por otro, emergía un “individualismo expresivo” que redefine la realización personal en términos de autenticidad y construcción de un yo original. Bellah argumenta que ambas formas, si bien ricas para la vida privada, son insuficientes para sostener un compromiso cívico robusto. La libertad se reconfigura como “libertad de elección” en lo personal y consumista, pero desvinculada de la participación comunitaria. Así, la semántica del individualismo se vuelve autorreferencial, fomentando la retirada a “enclaves de estilo de vida”.

Este desplazamiento es teorizado de forma más radical por Niklas Luhmann. Desde la teoría de sistemas, el individuo no es la unidad básica de la sociedad, sino la comunicación. En *Individuo, individualidad, individualismo* (1995), Luhmann sostiene que el “individuo” es una construcción semántica que permite a la sociedad moderna gestionar su complejidad. En una sociedad diferenciada en sistemas funcionales (derecho, economía, ciencia, etcétera), el ser humano opera como “punto de acoplamiento estructural” entre su conciencia y dichos sistemas. La individualidad es la forma en que la sociedad asegura que una misma conciencia pueda ser interpelada por múltiples sistemas sin fragmentarse. Para ello, genera semánticas del individuo (carácter, personalidad) que posibilitan a la persona elaborar una narrativa coherente de sí. Luhmann identifica dos semánticas dominantes: la “carrera” (la vida como secuencia de decisiones contingentes) y las “pretensiones” (la orientación a través de intereses). Lo decisivo es que la autonomía y la libertad no son atributos del individuo, sino expectativas que el sistema proyecta sobre él. El individualismo se convierte en un dispositivo funcional que transfiere la complejidad del sistema al individuo.

Esta transferencia de responsabilidad sistémica es el núcleo de la tesis de Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim en *La individualización* (2003). Sostienen que en la “segunda modernidad” o “sociedad del riesgo”, el individualismo deja de ser una opción para convertirse en un destino. Es una individualización forzada debido a que se desintegran las formas de vida de la sociedad industrial. Las instituciones modernas dejan de proporcionar biografías estándar y demandan que cada individuo construya su propia

“biografía de elección”. El problema, advierten los Beck, es que esta exigencia surge en un escenario de riesgos globales que exceden el control individual. Lo que se impone no es la libertad, sino la obligación de ser libre. La persona se vuelve la única responsable de sus fracasos, los cuales ya no se atribuyen a la estructura social. La semántica de este “individualismo institucionalizado” es paradójica: mientras proclama la soberanía del individuo, lo convierte en rehén de fuerzas sistémicas que lo constriñen a una precariedad constante. La autonomía se transforma en una carga.

EL COSTO EMOCIONAL DE LA LIBERTAD GLOBALIZADA: LA SEMÁNTICA COMO PATOLOGÍA

La etapa más reciente de esta genealogía nos sitúa en el núcleo de la globalización neoliberal y la era digital, un escenario donde la racionalización del yo alcanza una intensidad que se expresa como patología social. Las presiones de autogestión y reinención permanente se exacerbaban en un entorno hipercompetitivo, sostenido por flujos incesantes de información y tecnologías que convierten la vida en un espectáculo a exhibir. En ese horizonte, la semántica del individualismo se despoja de sus residuos morales para reformularse como una lógica puramente instrumental y emocionalmente corrosiva.

Anthony Elliott y Charles Lemert, en *The New Individualism: The Emotional Costs of Globalization* (2006), describen esta nueva condición. Para ellos, la globalización no es sólo un fenómeno económico, sino una fuerza que reestructura la subjetividad desde dentro. La desterritorialización de la vida social y la exposición a modelos globales diluyen los anclajes tradicionales de la identidad. El yo se convierte en un proyecto nómada, fluido, condenado a una flexibilidad perpetua. La característica central de este “nuevo individualismo” es la expansión desbordada de la elección. El individuo se enfrenta a una abrumadora cantidad de opciones en todos los ámbitos. Sin embargo, esta aparente libertad se revierte en su contrario: la elección deja de ser un privilegio y se transforma en fuente de ansiedad estructural. La necesidad de tomar siempre la “mejor” decisión y la interiorización de cualquier desenlace desfavorable como fracaso personal generan un estado de evaluación y estrés continuos.

A esta “patología de la elección” se suma el imperativo de la “reinención constante”. En un mercado laboral precarizado y un universo cultural que exalta la novedad, la identidad debe ser un portafolio de competencias en perpetua actualización. El individuo aparece como “emprendedor de sí mismo”, gestor de su capital humano y emocional. Esta dinámica, que Eva Illouz (2007) ha caracterizado como “capitalismo emocional”, implica que los afectos y la psique se convierten en recursos estratégicos para la competencia, intensificando la presión sobre el individuo. Esta exigencia de rendimiento total produce un yo fragmentado, incapaz de alcanzar reposo. Elliott y Lemert (2006) subrayan que los “costos emocionales” de este régimen —ansiedad, depresión, *burnout*, culpa— no son accidentes individuales, sino el desenlace lógico de un sistema que demanda autorrealización ilimitada en condiciones de inseguridad radical. La precariedad se interioriza hasta volverse subjetiva. Cabe precisar que el uso del término “patología” en

este contexto no remite a una categoría psiquiátrica clínica, sino a una disfuncionalidad social estructural que se manifiesta en el sufrimiento subjetivo; en términos sociológicos, es una contradicción sistémica interiorizada.

De manera general, la semántica que describen Elliott y Lemert representa el punto culminante de la racionalización. El yo se convierte en unidad de cálculo, cuyo valor se mide por la capacidad de adaptarse y rendir. Las relaciones interpersonales se instrumentalizan, volviéndose parte de un tejido de *networking* más que de vínculos sólidos. La empatía y la solidaridad se erosionan, sustituidas por un solipsismo defensivo. La libertad, valor fundacional de la modernidad, se revela como una trampa ansiógena. La autonomía deja de ser fundamento de dignidad para convertirse en el mecanismo mediante el cual el individuo interioriza las exigencias de un sistema global implacable.

CONCLUSIONES: LA PARADOJA DE LA AUTONOMÍA RACIONALIZADA

El recorrido genealógico desplegado, apoyado en el enfoque que enlaza la racionalización técnico-instrumental con la diferenciación social, delinea con claridad la trayectoria de las semánticas del individualismo a lo largo de la modernidad. Lejos de ser un concepto fijo, el individualismo aparece como una construcción valorativa dinámica, cuya racionalización ha corrido a la par de las transformaciones del Estado y del capitalismo. La hipótesis central de este trabajo encuentra sustento en el hecho de que la reconfiguración de las estructuras de poder ha alterado las cadenas de relaciones funcionales, en particular ha propiciado la mutación de los universos simbólicos y las semánticas que definen los valores depositados en el individuo.

Se distinguen tres grandes momentos de esta racionalización. El primero es el de la modernidad liberal-industrial que vio surgir una semántica del individualismo moral (Durkheim) y relacional (Simmel), donde la autonomía adquirió un carácter colectivo, indispensable para la integración de una sociedad compleja. El segundo, vinculado al capitalismo corporativo y al Estado de bienestar, transformó esa autonomía en una elección orientada institucionalmente (Parsons), en un campo ideológico (Lukes y Dumont) y en un hábito cultural (Bellah). Finalmente, el tercero, correspondiente a la globalización neoliberal, ha llevado esa racionalización al límite, convirtiendo la autonomía en un imperativo funcional (Luhmann), en una obligación que privatiza el riesgo (Beck y Beck-Gernsheim) y, en última instancia, en una patología emocional (Elliott y Lemert).

De este modo, es posible observar cómo la patología emocional descrita por Elliott y Lemert no es una invención súbita de la globalización, sino la exacerbación de tensiones ya latentes en la modernidad temprana; la *blasé* que Simmel identificó como un mecanismo de defensa del yo en la metrópolis industrial, por ejemplo, reaparece aquí llevada a un punto de quiebre estructural por la presión incesante de la autorrealización. Desde luego, esta patología de la elección representa la experiencia fenomenológica de los sectores integrados a los circuitos de consumo y producción global. Queda para indagaciones futuras analizar cómo esta racionalización opera —o se quiebra— en los márgenes de

la exclusión social, donde la carencia de opciones configura una experiencia distinta a la ansiedad por la optimización del yo.

Resulta reveladora la mutación del concepto de autonomía. Lo que en sus inicios fue un principio de emancipación y dignidad, ha sido vaciado de su contenido ético hasta devenir en un principio de operación sistémica. La autonomía ya no es un fin en sí mismo, sino un medio para la eficiencia y la adaptación. Es un sofisticado instrumento de gobernanza que opera a través de la autogestión y la autocoacción interiorizada. La libertad se transforma en exigencia de rendimiento, mientras que la autonomía deviene en la semántica que legitima el mérito individual como única explicación del éxito o del fracaso, encubriendo las desigualdades estructurales.

En síntesis, la racionalización sostenida de la modernidad no ha producido la desaparición del individualismo, sino su hipertrofia y sofisticación semántica. Se ha convertido en el código cultural dominante que legitima un orden social sustentado en la competencia y la privatización de la responsabilidad. La racionalización no ha destruido al individuo, lo ha reconfigurado como gestor de su vida y empresario de sí mismo. El individualismo del siglo XXI es el resultado paradójico de la racionalización extrema de sus valores fundacionales; ya no es una doctrina moral, sino un régimen semántico que dicta cómo los individuos deben administrarse en un mundo gobernado por la complejidad funcional y la incertidumbre estructural.

REFERENCIAS

- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.
- Bellah, R.N., Madsen, R., Sullivan, W.M., Swidler, A. y Tipton, S.M. (1985). *Habits of the heart: individualism and commitment in American life*. University of California Press.
- Berger, P.L. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Dumont, L. (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Alianza Editorial.
- Durkheim, É. (1966). *Lecciones de sociología: física de las costumbres y del derecho*. Schapire S.R.L.
- Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos: ensayos*. Península.
- Elliott, A. y Lemert, C. (2006). *The new individualism: the emotional costs of globalization*. Routledge.
- Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*. Katz Editores.
- Luhmann, N. (1995). Individuo, individualidad, individualismo. *Zona Abierta*, (70-71), 53-157.
- Luhmann, N. (2024). *Estructura de la sociedad y semántica: estudios desde la sociología del conocimiento sobre la sociedad moderna*. Universidad Iberoamericana.
- Lukes, S. (1975). *El individualismo*. Ediciones Península.
- Lyon, D. (2000). *Posmodernidad*. Alianza Editorial.
- Parsons, T. (1967). Christianity and modern industrial society. En E.A. Tiryakian (Ed.), *Sociological theory, values, and socio-cultural change: essays in honor of Pitirim A. Sorokin* (pp. 33-70). The Free Press.
- Robinson, W.I. (2013). *Una teoría sobre el capitalismo global: producción, clase y Estado en un mundo transnacional*. Siglo XXI Editores.
- Simmel, G. (1986). *Sociología 2: estudios sobre las formas de socialización*. Alianza.

- Vieyra Bahena, P.J. (2025). La racionalidad del proceso de individualización y sus afinidades electivas con el capitalismo. *Bajo el Volcán*, 6(12), 270–297.
- Weber, M. (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (2011). *Historia económica general*. Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (2014). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.